

ERROR DE COPIA



baltasarq

Error de Copia

Las mutaciones son las que finalmente producen la necesaria variación genética que necesita la evolución. La base fundamental de las mutaciones es denominada polimorfismo de nucleótido simple y consiste en un error de copia cuando el ADN es duplicado.

(Extraído de una noticia médica.)

baltasarq

Es parecido a un sueño. Primero el propio sueño tuvo toda la importancia, todo el protagonismo. Más tarde, poco a poco sintió como si le arrancaran del lugar y se elevara, se elevara, hasta volver a tener constancia de sí mismo. Normalmente, era un proceso placentero, pero algo fuera de lo común había debido ocurrir: por los altavoces percibió repentinamente un crepitar que se transformó en un atronador “*COMANDANTE REQUERIDO EN EL PUENTE DE MANDO. CÓDIGO ALFA*”.

Rasatlab abrió los ojos, y se irguió en la camilla de su cápsula de hibernación, con la cubierta transparente ya levantada y perpendicular al suelo. Hizo enmudecer con desdén la consola a su izquierda, que en ese momento indicaba con afán la ausencia de constantes vitales. Restregándose la cara con las manos, se enfundó el mono de trabajo que había dejado allí antes de la hibernación. Comprobó la consola de nuevo, manipulando la botonera. Según el sistema de soporte vital (con diferencia el más fiable de la nave), había sido despertado noventa días antes de la fecha objetivo. Suspiró. Mucho tiempo para pasarlo él solo, y demasiado poco para hibernar de nuevo. Paciencia.

El comandante se levantó y lanzó una breve ojeada a su alrededor. El resto de tripulantes de la nave yacían artificialmente dormidos, en el interior de sus cápsulas. Hizo un movimiento hacia la consola central de soporte vital, después retrocedió y se dirigió al acceso del compartimento. Al acercarse él, la consola de la compuerta se iluminó brevemente en rojo durante unos segundos, y a continuación pasó a verde justo antes de abrirse. El comandante registró brevemente que los sistemas de la nave seguían bien, y, lo más importante, que el casco seguía presurizado, lo cual descartaba cualquier accidente indeseado. Su mente, ahora completamente despierta, vagó hacia el recuerdo del mensaje del ordenador central de la nave: código *alfa*. El código *alfa* era el utilizado para solicitar la presencia del capitán con carácter de emergencia, de una prioridad que excede incluso el despertar al resto de miembros de la tripulación. Podía, incluso, significar *secreto*. Rasatlab descartó aquello con un resoplido, mientras los sistemas de soporte de la nave continuaban despertándola de su letargo: aún se sentía algo de frío, y el zumbido que se percibía más allá de las paredes indicaba que los sistemas se estaban poniendo costosamente en marcha. “Espero que merezca la pena”, pensó el comandante, mientras pulsaba el botón del puente en el ascensor, que se cerró a sus espaldas para volver a abrirse tras una aparente pausa en la que el ascensor había recorrido unos diez metros en vertical. Al salir, Rasatlab contempló con satisfacción los resplandores verdes, al fondo, provenientes de la consola de control, y que indicaban que nada andaba mal.

El casco, aún a través del grueso y pequeño ventanal del puente, parecía en buen

estado, tenuemente iluminado por las luces de posición. Pasó por la sala de reuniones, tomo una taza de té caliente del dispensador, y la saboreó lentamente, mientras el humo del vapor de agua ascendía por su piel cetrina, que demostraba su origen hindú. La India -pensó-, la potencia económica de siempre, había dejado paso a Brasil, mientras que la primera había tomado el relevo de la China. Los únicos imperios comparables eran ya de la llamada edad moderna, el de los antiguos Estados Unidos (ahora la casi desmembrada Federación Norteamericana), y en la edad media, el Español. Rasatlab esbozó una media sonrisa: -recuerda que tu afición por la historia no tiene prioridad frente a comandar una nave-.

Sin poder retrasarlo más, entró en el puente, sentándose para repasar la *tripa* (así llamaba él a la zona de carga) de la *Pacífico*. Toda su carga se componía de materias primas y materiales manufacturados, de manera que la *tripa* no requería de presurización en absoluto. Eso simplificaba las cosas. La parte de atención de su cerebro pasó rápidamente de su dedicación profesional a divagar de nuevo sobre su pasión de aficionado. La *Pacífico* era una de las naves mercantes más antiguas de la flota de la compañía *Mercantes Espaciales*, aún a pesar de haber sido recientemente renovada en cuanto a navegación y sistemas. Incluso así, el mero hecho de tener la *tripa* sin presurizar recordaba los esforzados intentos de los ingenieros del pasado de ahorrar energía a toda costa, energía que si ahora era importante, por aquel entonces era preciosa. La mente del comandante ahondó aún más, ahora ya en el siglo XX, cuando los viajes espaciales habían empezado a tomar forma como cohetes de misiles, y los intrépidos astronautas eran lanzados al espacio en cápsulas que recordaban dolorosamente una bala de cañón. De vivir en aquella época, se sentía muy seguro de no haber querido ser *astronauta*. Sonrió. Quizás aquella actitud podría explicar la presurosa carrera espacial que llevó al hombre a la luna a mediados del siglo XX, pero que también quedó misteriosamente abortada hasta bien entrado el siglo XXI. La sonrisa se fue desdibujando en su boca a medida que repasó los acontecimientos que habían llevado desde aquella época de atrevidos exploradores a la presente, de compañías normales con intereses (económicos) normales. No es que el espacio exterior hubiera perdido su encanto del todo, pero se sentía más como un transportista de superficie, en la Tierra, que como un *astronauta*. Suspiró y arrojó la taza de plástico al contenedor de desperdicios.

Aunque todo aquello era muy interesante –se recordó a si mismo-, “si he sido despertado ha sido por un código *alfa*”. Cambió su asiento del piloto con el del comandante y activó la consola. La parte de la nave que no había sido cambiada en

absoluto era la de la interfaz con el ordenador de a bordo, que se hacía mediante un teclado conectado a un pequeño monitor de fósforo verde. Aquel gesto, unido al silencio y tranquilidad de la nave, le recordó aquellas antiguas películas del siglo XX que se aventuraban a imaginar grandes desastres provocados por monstruosas criaturas alienígenas. Sonriendo, oprimió *enter* tras la contraseña del comandante. La sonrisa desapareció de su semblante ante el reflejo de la pantalla en sus ojos. *Detectada señal de socorro en planeta XJR43. Directiva 6-1A prevalece sobre orden de derrota a destino comercial. Modificando rumbo hacia el planeta XJR43.* Cambiando de sillón de nuevo, hizo unas cuantas comprobaciones. Efectivamente, los escáneres de la nave eran ya capaces de detectar el planeta a proa. Lanzó una comprobación de superficie y esperó unos segundos al rebote de la señal. Sorprendentemente, era un planeta desértico para los estándares de la tierra, pero habitable y con presencia de agua en los polos. Se rellanó en su asiento, tratando de asimilar la información. La *Pacífico* y su tripulación habían descubierto que uno de tantos planetas catalogados, creídos estériles, era en realidad casi habitable por seres humanos... ¿cómo era posible? El entusiasmo se fue desplazando hacia sus compañeros, cómo reaccionarían cuando recibieran la noticia... Las alarmas empezaron a sonar un instante antes de que los escáneres de proa se tornaran de un preocupante rojo intenso. ¿Un misil? No podía creerlo. Un objeto fusiforme se aproximaba a gran velocidad a la nave. En menos de un minuto, el objeto impactaría en el carguero, un carguero llamado *Pacífico*, para... destruirlo. ¡La tripulación! Saltó al asiento del comandante y activó en la consola la secuencia de emergencia de reanimación... ¡Diez minutos! Era demasiado tarde... pues el objeto era ciertamente un anticuado misil, causando al impactar una explosión que estremeció toda la nave. Todas las alarmas del carguero saltaron a la vez, mientras que una rápida consulta de los instrumentos reveló la pérdida total de soporte vital en casi toda la nave. El ordenador de a bordo trataba de mantenerle vivo para que llegara a alguna de las naves de salvamento, a costa de sus tripulantes. Incluso a estas alturas, fue consciente de que eran irrecuperables. Golpeó la consola con el puño cerrado, agrietando la pantalla de la consola. Se tomó unos segundos para ver como la casi totalidad de la *tripa* se separaba de la nave principal, para entonces correr hacia el ascensor, y tratar de salvar su vida.

Se tambaleó por el pasillo del nivel de emergencia para llegar a las compuertas de las cápsulas, siendo empujado hacia ellas entre la cacofonía de las alarmas sonando al tiempo. Tenía que elegir entre las dos de las que iba equipada la nave, a babor *Trirreno*, y a estribor, *Adriático*, cuando una nueva explosión, proveniente de babor, le decidió por la última. Aún tuvo tiempo de volver mentalmente a aquel chiste que corría entre las

tripulaciones de la compañía: que ni el mar *Tirreno* ni el *Adriático* estaban en el océano *Pacífico*, antes de que la pequeña nave de salvamento se desprendiera del costado y tratara de poner tierra (“Es un decir”, se recordó) de por medio entre el carguero y él. Tras unos minutos de violento empuje, una nueva sacudida constató el hecho de que la *Pacífico* había sido destruida. La onda de choque le impulsó hacia adelante, provocándole la pérdida de conocimiento.

Cuando despertó de su estado de inconsciencia (probablemente debido a otra sacudida, aunque nunca podría garantizarlo), aquel maldito planeta ocupaba toda la pantalla frontal de la *Adriático*. Un rápido chequeo del panel de instrumentos verificó el fallo de los motores principales. La pequeña nave, presa ya de la gravedad de aquel fatídico *XJR43*, se zambullía directamente en su atmósfera, pese a que la *Adriático* no estaba diseñada para el aterrizaje o el despegue, sino para el acoplamiento a naves o plataformas espaciales. La pérdida de la *Adriático* era segura, así como un peligroso aterrizaje para el que sólo podría utilizar los repulsores...

Mientras trataba de estabilizar la nave, del planeta eran ya apreciables grandes cordilleras, así como importantes masas de agua fueron haciéndose evidentes mientras la nave descendía por debajo del horizonte, de un marcado azul marino.

Algo extraordinario sucedió entonces. La siguiente ojeada a los instrumentos mostró la señal intermitente de una baliza de aproximación. Aquello era virtualmente imposible, pero real. La baliza indicaba que la zona de aterrizaje estaba cerca, pero imposible de alcanzar con la nave tan dañada. Necesitaba reservar toda la energía posible para los pequeños motores repulsores, que al suavizar la caída, la convertirían, o así esperaba él, en un pequeño golpe contra el suelo.

La presencia de aquella baliza no dejaba de hostigar su mente. ¿Cómo era posible? Primero, acaban con su nave, y después, ¿le indicaban dónde aterrizar? La existencia de aquella baliza demostraba que la tecnología empleada era decididamente terráquea. Nada de extraterrestres, nada de nueva vida inteligente, nada de... nada. Pero... ¿por qué todo esto?

Había llegado el momento. Encendió los repulsores, alternativamente. Primero los delanteros, entonces, los ventrales. Ocasionalmente, el uso de los laterales impedía que la nave diese una vuelta sobre sí misma. Si quería salir de aquello con vida, debía mantener el descenso a una velocidad moderada (tanto vertical como horizontal), con la nave manteniendo el morro levantado. El vientre de la *Adriático* debería absorber la mayor parte del impacto, mientras mantenía a salvo la cabina.

En el último momento, empeñó toda la energía que quedaba en la nave en los repulsores ventrales. La nave se “posó” con una suave velocidad vertical, mientras la velocidad horizontal se disparaba por encima de los trescientos kilómetros por hora. Afortunadamente, había logrado dar con una llanura que le permitía el lujo de una pista de aterrizaje virtual de varias docenas de kilómetros. Fue esto lo que le salvó después de que el impacto lanzase el morro de la nave hacia adelante, además de aquel suave e inclemente desierto de arena (tan parecido a los de la tierra), que su mente aún había tenido tiempo de registrar antes del impacto.

Se vio lanzado hacia adelante, su cuerpo abruptamente retenido por los arneses de seguridad del asiento, cuando el morro comenzó a hundirse en la arena a una inquietante velocidad de todavía ochenta kilómetros por hora. Eventualmente se paró, y para entonces, las cámaras de la nave no podían mostrar más que arena. Estaba salvado.

Rasatlab respiraba aceleradamente dentro de su traje espacial. El casco, que con la reserva de oxígeno acoplada le protegía de la rotura de la estructura de la *Adriático*, se empañaba y desempañaba acompasadamente. Su corazón latía con fuerza, presa todavía del pánico. Sabía que su cuerpo estaba expulsando toda la ansiedad acumulada, aunque saber aquello no se lo hizo más fácil. Por fin, tuvo la suficiente presencia de ánimo para intentar volver su respiración lo más lenta y profunda que pudo, llegando a un estado de ansiedad más o menos manejable. Aún desorientado, se levantó y se quitó el casco. Rasatlab se dejó caer pesadamente contra uno de los mamparos de la nave. Estaba perdido. Aquella nave no despegaría jamás, y dudaba sinceramente de que la *Pacífico* hubiera sido capaz de enviar alguna señal de emergencia, dado lo rápido que ocurrió todo. Sus ojos se llenaron de lágrimas cuando pensó que no volvería a ver a su familia, mientras que, a su vez, no pudo evitar sentirse aliviado por no tener que explicar a las familias de sus tripulantes lo que había pasado. Quizás... quizás lo mejor era quedarse allí: la *Adriático* perdía aire por momentos... sólo tenía que dejar el casco del traje allí, a su lado, en lugar de ponérselo. El final sería tranquilo y plácido. Comenzó a dar cabezazos contra el mamparo, suaves al principio, cada vez más fuertes. No podía. Recordó la señal de la baliza. Cada vez se sentía más rabioso, violento. No acabaría así. Primero les arrancarían sus razones. Como mínimo.

Su mente actuaba ahora febrilmente, dirigida por un objetivo. Echó una breve ojeada al panel de control. Como era de esperar, apenas ya nada funcionaba en aquella nave: colocó el interruptor de la compuerta en “abierto”, pero nada se movió. Se levantó y avanzó hacia la puerta, a la que propinó varias patadas. Muy a su pesar, aquello tampoco

funcionó, así que vencido, decidió buscar las herramientas de emergencia de la nave. Desacoplar el panel de la compuerta fue tarea fácil. El panel cayó al suelo estruendosamente, lo que no dejó de sorprenderle, dado que estaba tan acostumbrado a la gravedad artificial de la *Pacífico*, la cual hubiera posado el panel más suavemente en el suelo. Siguiendo las instrucciones del manual, utilizó la manivela hidráulica camuflada dentro del panel para abrir la puerta. El reconfortante resplandor de la estrella solar de aquel sistema inundó el interior. En cuanto salió, se dio cuenta de que lo realmente reconfortante era el calor que sentía, comparado con la tibia temperatura que había acompañado su despertar en la *Pacífico*. Comprobó la dirección de la baliza, y tomó las reservas de oxígeno que quedaban para su traje. En total, tendría oxígeno para setenta y dos horas, tiempo que estimaba más que suficiente. De repente, toda su energía parecía concentrarse en aclarar aquel asunto, llegar hasta el por qué de aquella absurda situación. Programó la señal de la baliza en la PDA de su traje y echó a andar por la arena.

Mientras trataba de atravesar las dunas para llegar al origen de la señal, a unos aparentemente seis kilómetros de la nave, intentaba también olvidarse del sudor que le resbalaba por el interior del traje. Claro, ahora aquel calor ya no resultaba tan agradable. Qué duda cabe de que los trajes espaciales habían mejorado muchísimo con respecto a aquellos pioneros del siglo XX, hasta conformarse como una especie de abrigo de invierno, pero aún así avanzar por aquellas dunas era muy pesado. Si bien el traje estaba preparado para mantener la temperatura, esta no era tan extrema como para que la climatización actuara de manera que se notara. Su mente vagó brevemente por antiguas imágenes de astronautas con aquellos pañales convertidos en aparatosas vestimentas. Aunque pensó en quitarse el casco, los análisis del traje indicaban un aire casi respirable, pero con algunas trazas de compuestos que, si bien no le harían daño en un primer momento, no parecían demasiado saludables a largo plazo. Con aquellos giros tan característicos de la mente, recordaba ahora aquellos días de verano en la playa. A Alba, y a Mara, su hija, les encantaba ir a bañarse y tomar el sol, y especialmente Mara disfrutaba enterrándole en la arena... En tan sólo unas horas, parecían haber pasado años, de manera que incluso la posibilidad de existir relajado parecía imposible -"probablemente ese misil tenga algo que ver"-.

Dos kilómetros. Según la señal de la baliza, el origen debería estar muy cerca delante de él, aunque no podía verlo, probablemente por la elevación que se erguía a cierta distancia. Se trataba no de un duna, sino de un pequeño risco de roca caliza.

Caminó más rápido, dando pequeños traspiés por el cansancio y la falta de aclimatación después del fallido viaje espacial. A pesar de todo, avanzaba a ritmo constante, y pronto se llegó al risco.

Cuando por fin la superó, justo a sus pies surgió lo que aparentemente, se trataba de algún tipo de complejo, de color blanco o crema, de pequeño tamaño. Se le antojó, precisamente, un campamento lunar del siglo XX. Consternado, trastabilló hasta descender de aquella elevación, y aproximarse a aquella construcción, sin quitarle ojo de encima, como si, de un momento a otro, fuera a desaparecer de su vista aquel espejismo, algo que la razón decía que no podía estar allí. Tuvo que cerrar los ojos, y volverlos a abrir. El campamento lunar no había desaparecido, era una realidad.

Efectivamente, una puerta de entrada, sin compuerta, daba acceso a una especie de túnel. En realidad, el complejo estaba hecho de una tela blanca reforzada con fibra de vidrio y plástico, de construcción sencilla y modular, aunque de apariencia resinosa. En la entrada le sorprendió un toque de color que le pareció poco natural. Pasando la mano por aquella parte de la pared del complejo, gruesas capas de arena apelmazada cayeron al suelo, revelando un símbolo azul con tres letras en su interior: ESA. Rasatlab volvió a pasar la mano como si fuera posible que otras capas de arena estuvieran ocultando o añadiendo, de alguna forma misteriosa, rasgos a un símbolo que simplemente no podía estar allí. La ESA, la *European Space Agency*, o Agencia Espacial Europea. Hacía realmente mucho tiempo que no veía una referencia, directa o indirecta, al inglés, aquel idioma que por su aparente sencillez se había difundido por el mundo en el siglo XX. Aquella lengua había sido eventualmente desplazada por una adaptación del español, simplificado y con muchos términos tomados del inglés (que a su vez los había tomado del latín originalmente). El problema del inglés había sido una pronunciación que no concordaba con la escritura (ni de unas zonas con otras), y unas construcciones gramaticales que tomaban a veces un significado cuando menos subjetivo. Finalmente, una simplificación del español había sido tomada como idioma oficial de la Tierra en los tiempos de creación de la Alianza, en el siglo XXI. Tanto tiempo... Rasatlab se dio cuenta de que estaba comenzando a divagar de nuevo, si bien se agradeció interiormente a sí mismo el hecho de que la historia fuera su afición: de otra forma, hubiera sido difícil haber identificado a la ESA en aquel anagrama.

Penetró en el pasillo, totalmente perpendicular a la pequeña entrada. Las ocasionales oleadas de arena golpeaban las paredes del túnel, si bien en los extremos donde otros dos túneles comenzaban el suelo se encontraba totalmente limpio. Parecía

obvio que aquel diseño no era casual, aunque desde luego ya pocas dudas le quedaban al comandante mercante de que aquella construcción era obra humana. Se adentró por uno de los túneles hasta llegar a lo que parecía un jardín botánico. Se dio cuenta de que, de esta manera, sería posible otorgar cierta producción de renovación de aire y algo de reservas alimenticias a aquella base planetaria. Efectivamente, varias tuberías y aparatos totalmente obsoletos pero funcionales parecían hundirse en el suelo, lo que sugería de manera inequívoca que el complejo continuaba bajo sus pies. Retrocedió y tomó el otro pasillo, caminando casi a oscuras. Si bien no llevaba puesto el casco de su traje (la atmósfera era respirable), llevaba consigo buena parte del equipo igualmente, así que tomó una pequeña linterna de uno de los bolsillos y continuó su exploración. La linterna no acertaba a proporcionarle tranquilidad sobre las sombras. Estas parecían retroceder brevemente a medida que las apuntaba, para volver a cerrarse después en cuanto apartaba la pequeña herramienta. Peor todavía, el exterior de la estación, con su arena golpeando contra los costados, ya no se percibía, lo que le hizo plantearse si se encontraba en un pasillo interior o si había descendido al subsuelo sin haberse percatado. Se introdujo a su derecha en una espaciosa sala que se abría tras una compuerta operativa, para poder observar largas filas de mesas en su centro, a la vez que varios muebles con forma de caja en los laterales y al fondo. A Rasatlab no le hacía falta tener ninguna formación para reconocer un comedor, si bien éste no había sido equipado todavía con la lencería, cubertería y electrodomésticos adecuados. Palpando el material de las mesas, se dio cuenta de que era aquella resina mezcla de plástico y fibra de vidrio que había palpado en el exterior, confirmando sus sospechas de que todas las piezas de aquel lugar se habían construido de manera modular y uniforme.

Salió del comedor para adentrarse más en la base, encontrándose con una compuerta que se abrió a su paso. Al cerrarse la puerta y caminar brevemente por el nuevo pasillo, pudo captar movimientos que trató de enfocar con su linterna: una criatura metálica de un cuerpo formado por tres hexágonos, y un cuarto más pequeño que formaba la cabeza, se estaba irguiendo sobre cuatro de sus patas para, a su vez, mirarle a él. Su sorpresa y aprensión no le distrajo del hecho de que de cada hexágono salían dos patas, conformando seis extremidades. La cabeza tenía dos receptores visuales al uso humano, de manera simétrica. Si bien aquel ser era un robot, era obvio que era totalmente autónomo y estaba extraordinariamente motivado, pues transformando dos de sus patas en dos especie de taladros, le amenazó brevemente para que le siguiese, mientras recibía un empujón desde atrás: otra criatura, de la que no se había percatado, le vigilaba a su vez. Por el momento más sorprendido que asustado, caminó entre los dos

seres robóticos hasta un ascensor por el que descendieron largo rato, y entonces a una gran sala en la que muchas criaturas se alineaban a los lados.

En el centro, otra criatura como las demás, pero considerablemente dañada, o más bien... avejentada fue la primera en romper el silencio: “¿Quién eres?”. Rasatlab se sintió sobrepasado. Aquella lengua era el inglés, una lengua muerta desde hacía siglos. Dando gracias a aquella afición suya por el siglo XX, respondió en inglés pasable: “Mi nombre es Rasatlab, comandante mercante del carguero espacial *Pacífico*.” Varios movimientos espasmódicos en los miembros de los robots le hicieron pensar que se estaban comunicando entre ellos... un comportamiento peculiar. “¿De dónde vienes?” Rasatlab se encogió de hombros. “De la Tierra.” Más movimientos espasmódicos, por un periodo de tiempo más prolongado. “¿Eres el creador?”. Rasatlab abrió mucho los ojos. “¿¡Qué!?” El robot alzó lo que quedaba de sus brazos. “¡Hemos terminado la obra!” Rasatlab se sentía cada vez más extraño, siendo el centro de atención de un modo tan inesperado. Acertó a musitar algunas palabras. “Yo no...” De nuevo al robot no pareció importarle demasiado la respuesta, casi parecía... excitado. “¡Las tareas están terminadas, creador.” Aquello era totalmente surrealista. Intentaba encontrarle algún sentido a todo aquello, un centro en el torbellino en el que se sentía inmerso.

El mercante se sentía sobrepasado por los acontecimientos. “Yo no soy vuestro creador.” Esta vez, entre los robots no pareció haber comunicación alguna. “El creador nos hizo desde la Tierra.” Rasatlab empezó a vislumbrar algo de entendimiento. “¿Cuánto tiempo lleváis construyendo?”. La respuesta del robot fue exacta. “1192.45 años”. -Más de mil años.... ¿construyendo? ¿Cómo es posible?.- Rasatlab no salía de su estupor.

Era obvio que “el creador”, quien quiera que fuera, había fenecido hacía ya mucho tiempo. Las piezas empezaban a encajar poco a poco en la mente de Rasatlab. Todo lo construido por aquellos robots era modular, así como ellos mismos eran también modulares. Probablemente se fabricaban los unos a los otros, de manera que nunca faltase la mano de obra. Vino entonces a su memoria que en la época de la ESA, se hablaba con entusiasmo de la terraformación de Marte, un planeta que se parecería mucho a *XJR43* si el primero tuviera atmósfera. De estar en medio de uno de aquellos proyectos, habría otros complejos construidos por toda la superficie del planeta, así como centros botánicos donde se cultivarían las algas y otros vegetales que, recordó, eran las bases de la teoría de la terraformación en la época. Los seres vegetales consumirían el dióxido de carbono, generando oxígeno, lo cuál terminaría generando una atmósfera respirable, y por tanto, habitable por seres humanos. ¿Sería eso lo que había pasado allí?

A aquellos científicos les encantaría saber que sus teorías habían tenido éxito. Sin embargo, algo no encajaba, se salía de las escalas. Los robots de aquella época eran tremendamente primitivos, lo cual se correspondía efectivamente con el aspecto exterior de aquellas criaturas, pero no con su aparente capacidad de raciocinio.

La unidad averiada tomó nuevamente la iniciativa. “Creador, hemos construido 318 complejos. ¿Es ya suficiente?” Aquella pregunta parecía confirmar sus sospechas. Al comandante se le ocurrió una idea. “¿Cuántos sois en total, dónde están los demás?” Su interlocutor no vaciló “Según el proyecto del creador, 488736. Nuestros registros demuestran la existencia de 22121424 unidades. Están trabajando.” Rasatlab preguntó extrañado: “¿Cómo que según el proyecto del creador?” Algunas unidades se separaron de la pared, dejando al descubierto una plancha de acero que había sido grabada. Su afición a la historia le ayudó de nuevo. Se tratada de un trozo de un programa en un arcano lenguaje de programación llamado C, abandonado ya en la noche de los tiempos. En el pequeño trozo era obvio un error de programación: una variable llevaba el conteo de robots creados, pero había sido declarada con tan sólo 16 bits de capacidad de almacenamiento, lo cual hacía que tan sólo pudiese almacenar cantidades de hasta 65535... desbordándose (volviendo a contar desde cero), si se sobrepasaba aquel valor... ¿Cuántas veces habrá recomenzado el conteo desde cero? ¿Era aquella inteligencia una especie de conciencia colectiva que se había despertado con aquel inusitado número de unidades? Todas las unidades levantaron sus miembros al unísono, proclamando: “El código es la génesis, el código es el legado del creador.”

El único ser humano de la sala, aunque, como empezaba a sospechar, no por ello el único ser inteligente, apenas podía mantener la mandíbula en su sitio, pretendiendo esta desencajarse de su rostro en cualquier momento. Estaba delante, ya no le cabía ninguna duda, de una civilización completa, una compleja red de conciencia compartida, en la que cada individuo tenía cierta autonomía, y sobre todo, capacidades, pero formaba a la vez parte de un todo. Aquello era un descubrimiento importantísimo. Mientras la robótica apenas empezaba a explorarse en cuanto a la capacidad de crear seres robóticos semiinteligentes, que ayudaran a seres humanos mayores o discapacitados, aquella raza había surgido por accidente, creando un auténtico ser consciente.

El más antiguo rompió el silencio de nuevo. “Creador, ¿Por qué construimos?” Aquella pregunta sí que le tomó por sorpresa. “¿Cómo?”. El robot insistió: “¿Cuál es el objetivo de nuestra empresa?”. No pudo soportar más la magnitud de todo aquello, y estalló: “Yo... no lo sé. ¡No soy vuestro creador! ¡Habéis matado a otros humanos! ¡Habéis

destruido mi nave, mi tripulación!". La unidad interlocutora respondió sin titubeo: "El creador calificó este proyecto de alto secreto." El humano no ocultó su estupor: "¿Secreto? ¿A qué precio?" El robot no respondió. Por un momento le pareció que estaba ponderando su respuesta, pero pronto se hizo patente que aquella discusión no le interesaba lo más mínimo. El robot fue tajante, de hecho: "Si realmente no eres el creador, tu existencia también debe ser terminada." Rasatlab retrocedió un paso inútilmente, pues otras unidades se habían colocado ya a su espalda. Su destino parecía sellado.

De repente, varios temblores resonaron en la estructura en la que se encontraban. Los robots, que se habían aproximado a él amenazadoramente, se detuvieron en seco, mientras sus miembros se agitaban. De nuevo, adivinó, estaban comunicándose entre ellos.

Su atención se desplazó hacia la puerta de la sala por la que le habían hecho entrar, puerta que se abrió para mostrar un pelotón de asalto, con las insignias de la compañía en sus hombros. Tras unas breves ráfagas, aquellos seres quedaron inexplicablemente inermes y empezaron a caer al suelo. Algunos quedaron en equilibrio en su posición. Rasatlab avanzó hacia la puerta, para detenerse junto al robot que había llevado, aparentemente, la voz cantante en todo aquello. "El más anciano", pensó involuntariamente. Los soldados, a la vez que se cercioraban de que los robots estaban desactivados, a base de inútiles patadas en sus chasis de acero, se acercaron al comandante hasta rodearle. A los lados de cada mercenario, unidades robóticas de apoyo, en simbiosis con el soldado humano, palidecían ante sus ojos al compararlos con los seres de apariencia externa prehistórica, pero de compleja inteligencia que yacían ante él. Se arrodilló ante el anciano, y trató de nuevo de buscar algún signo externo de vida, sin encontrarlo. Levantó la vista hacia uno de los mercenarios, aparentemente el oficial al mando, que sujetaba un aparato del tamaño de la palma de su mano. "¿Qué les ha pasado?" El mercenario se encogió de hombros. "Destruídos.", respondió lacónicamente. Rasatlab exhaló un suspiro y cerró los ojos. Muertos. Habían muerto todos.

Todavía no se había recuperado de la sorpresa cuando se encontró pensando en aquella civilización robótica... seguramente no habían sido destruidos todos ellos, quedaban miembros en otros complejos que seguramente podrían reorganizar aquella mente colectiva de alguna manera... se preguntaba si realmente sería posible, o si aquella cultura se había perdido por entero.

Mientras Rasatlab seguía cavilando sobre aquellos robots (¿seres?) caídos, el

oficial rompió el silencio. “Debemos irnos. Le están esperando.” El comandante ya intuía de quien se trataba. Aún así, decidió hacerse el despistado. “¿Quiénes?”. “Los directivos”, respondió.

El viaje hasta la nave de la compañía transcurrió en silencio. A base de respuestas extraordinariamente breves, el oficial le informó de que la nave que les esperaba era la *Sagitario*. De las naves de combate de la flota de la compañía, la *Sagitario*, junto con la *Tauro*, era de las más potentes. Realmente, se lo habían tomado en serio.

Pese a dedicarse al transporte comercial, la compañía mantenía varias naves de combate, para la seguridad de la flota, que legalmente debía navegar desarmada. Si bien en un comienzo las flotas de protección eran más bien modestas, hoy en día la compañía, así como sus principales rivales, disponía de un mini-ejército que podría incluso rivalizar con algunas de las colonias planetarias. Los soldados, formados por los servicios militares de diferentes países, deseaban licenciarse cuanto antes para entrar al servicio de la compañía de turno, mucho más lucrativo.

Tras un abordaje sin novedad, un guía le llevó a la zona residencial de la nave. Por lo que podía deducir, uno de los directivos, a quien no había visto en la vida, había tomado uno de los camarotes adaptándolo para su uso como despacho. La puerta deslizándose a sus espaldas le sacó de su ensimismamiento, y el directivo le invitó a sentarse frente a él. Tras las oportunas presentaciones, Rasatlab tuvo tiempo para pasear su vista distraídamente por el despacho. Aquel hombrecillo se tomó su tiempo para terminar de leer algo en su PDA. Su expediente, sin duda. “Ha hecho un excelente trabajo, comandante Rasatlab.” Rasatlab negó con la cabeza, a la vez que replicaba, distraído: “He perdido a mi nave y a mi tripulación.” El directivo frunció el ceño. “No ha sido culpa suya, comandante. Hacía años que estábamos detrás de este campamento de renegados. Nuestras naves, y otras de las compañías rivales, se perdían aquí misteriosamente. Teníamos que saber qué estaba pasando. Sospechábamos que se trataría de cierto proyecto perdido de la extinta ESA, una agencia espacial del siglo...”. Rasatlab alzó la mano, en un gesto de impaciencia. “Lo sé.” El directivo, disimulando su turbación, continuó: “Excelente. Su comportamiento ha sido ejemplar, como decía, y ha logrado salvar las vidas de muchos otros tripulantes futuros. Y...”, el directivo no pudo evitar una media sonrisa: “y sus mercancías y naves, claro. Se le otorgará el mando de otro mercante, y una nueva tripulación.” El directivo pareció comprobar algunos registros. “Ah... la vieja *Pacífico*...”, dijo mirándole con una expresión de fingida nostalgia. La expresión se tornó en indiferencia cuando el rostro de su interlocutor no demostró empatía

alguna. Sin desanimarse a pesar de todo, prosiguió: “Seguramente notará la diferencia cuando mande la *Oceanía*.” Ahora su expresión era triunfal. Rasatlab volvió su cara al suelo durante largo rato, sin pronunciar palabra. Se diría que el nombramiento le había dejado mudo. Finalmente, dijo: “lo cierto es que aún no puedo pensar en mi siguiente mando, aún no tengo muy claro qué es lo que ha pasado ahí abajo.” El directivo alzó una mano y exclamó: “¡Pero por supuesto! La compañía le dará un tiempo de descanso que empezará ahora mismo, consultando con el médico de la nave.” Antes de que pudiese replicar, el directivo hizo llamar a un guardia armado que le escoltase. Rasatlab meneó la cabeza. Antes de salir preguntó: “¿Qué era aquel aparato? ¿Cómo es que repentinamente todos estaban desactivados?” El directivo dudó un momento antes de responder: “Se trata de un pequeño pulso magnético que elimina los chips de silicio de aquella época. Pronto todos ellos habrán sido desactivados, y desmantelados”. Parecía ahora un desratizador expresando confianza total en su efectividad. Rasatlab bajó la mirada, la alzó de nuevo y afirmó: “Los mataron.” El directivo hizo un gesto despectivo. “Por favor, Rasatlab, no sea dramático... ¡sólo eran unos robots descontrolados!” Con un gesto le despidió, y el guardia le acompañó hasta la compuerta. Rasatlab salió del despacho con una pesada carga sobre su pecho, que le hizo detenerse en mitad del pasillo. Una nueva nave... todo seguiría igual, pero,... ¿como podría? Pensó en su nueva tripulación, que aún no conocía. ¿Confiarían en él? Se dio cuenta de que la pregunta era estúpida, pues nunca nadie sabría lo que había pasado. A pesar de todo, por primera vez sintió todo el peso de la responsabilidad de su trabajo, que de repente se le antojaba imposible de llevar a cabo. El guardia le miraba, paciente, mientras le indicaba el camino a la consulta del médico. Decidió acabar con la visita médica lo antes posible, y se encaminó hacia allí, contento de poder pensar en otra cosa, aunque fuera trivial. Contento, decepcionado y aliviado a la vez: todas aquellas emociones se imponían la una a la otra, en rápida sucesión.

El médico le observaba con una mezcla de curiosidad y respeto tras el relato de sus peripecias en *XJR43*. La pregunta no se hizo esperar: “¿Cómo se siente con respecto a todo esto?”. Rasatlab lanzó un respingo. “¿Que cómo me siento? En unas pocas horas, he perdido a mi tripulación y mi nave, descubierto lo que se podría calificar de civilización artificial perdida, por la que he sido tratado como un dios, y a la que he visto desaparecer totalmente de la existencia ante mis ojos por medio de un mando a distancia. Me pregunto...” Rasatlab hizo una pausa. “Me pregunto quién tiene mi o nuestro mando a distancia, quién nos gobierna y si sobre todo sabe lo que hace. Estoy muy confuso.” El médico respondió: “¿Pretende extraer algún tipo de enseñanza o regla vital de lo que ha vivido?”. Rasatlab respondió, enfurecido: “¿Usted no?” El médico le observó con

severidad, y extendió una receta. Rasatlab resopló: “¿Me va a dar la *pastilla de la felicidad*?” “Sí.” “Pues no la quiero. Tengo mucho en qué pensar. Mucho que decidir.” El médico entrelazó sus dedos y comentó: “Entiendo que su experiencia ha sido perturbadora, pero no es nada más que eso: una experiencia.” Rasatlab abrió mucho los ojos. El médico prosiguió y dijo: “¿Si le demuestro que su nuevo sistema de valores tiene un agujero, se tomará la pastilla?” Rasatlab asintió lentamente, de mala gana. “De acuerdo”, concedió, sin ninguna confianza. El médico sentenció: “Toda su tripulación murió porque la compañía decidió enviarles desarmados a ustedes a buscar una colonia de robots renegados. Y para eso, no les hizo falta ningún mando a distancia.”

El tiempo pareció detenerse. Rasatlab miraba al terapeuta a los ojos, hasta que suspiró, y, admitiendo la derrota, tomó la receta y salió de la estancia.